

Mas como fuesen ásperas naciones,
Cursadas en comer carnes humanas,
Prestamente formaron escuadrones
Las gentes que se hallan mas cercanas;
Salen unos con arcos y harpones,
Otros con largas lanzas y macanas,
Otro con dardo, piedra, palo llano,
O lo que se hallaba mas á mano.

Como pueblo de término marino
Que duerme descuidado de batalla,
Y dan algun rebato repentino
Diciendo que se sube la muralla;
Toca la voz orejas del vecino
Y sale cada cual como se halla,
Y puestos muchos juntos do pretenden
Con el valor posible se defienden:

Esta manera fué ni mas ni menos
Luego que los sintió bárbara peste,
Que de diversas armas salen llenos
Y dellos se formó prolija hueste,
Donde se defendian como buenos;
Mas no fué tal defensa que les preste
Porque los que decian «¡Santiago!»
En ellos van haciendo gran estrago.

Rompiendo pechos, hombros y costillas,
Con hierro que les era muy molesto,
Abriense costados y ternillas
Adonde César se hallaba presto;
El cual iba haciendo maravillas,
Aunque entonces estaba mal dispuesto:
Todavía la gente carnícera
En defender sus casas persevera.

Anda la cuchillada muy espesa,
Librada del cristiano peonaje;
Corria por el campo vena gruesa
De sangre del ejército salvaje:
En efecto les dieron tanta priesa
Que buyen los del bárbaro linaje:
Saquearon aquel pueblo primero
Do hallaron maíces y dinero.

Después del honoroso vencimiento
Prendieron muchos del contrario bando,
Y estánse firmes en aquel asiento
Los otros españoles esperando;
Procurán recoger mantenimiento,
Peligros inminentes reguardando;
Porque los indios en aquella tierra
Usan muchas cautelas en la guerra.

Cuatro dias después de la victoria
Habida de los indios fugitivos,
Con su gente llegó Juan de Villoria,
Que por ser los caminos tan nocivos
Y maleza de montes tan notoria,
Fué maravilla grande salir vivos;
Pero de los caballos hecha cuenta
Faltaban dos ó tres sobre cincuenta.

Salíanlos á ver estotras gentes
Cómo venian tristes, lasos, mudos,
Que parecian mustios penitentes,
Descalzos, destocados y desnudos;
Todos ellos con cargas diferentes
Trastrabillando piés los mas agudos,
Y muchos que tuvieron piés ajenos,
Los suyos propios ya les eran buenos.

Junto con esto cada cual venia
Tan cubierta de cieno la figura,
Que della cosa limpia no se vía
Sino la mal usada dentadura;
Y fuera poca parte la leija
Para restituilles su blancura
A las pobres camisas y jubones
Que salian de tales estaciones.

Lávase cada cual y desenloda,
Llegados a los dichos aposentos,
Donde con ropas que no son de boda
Entraron miserables y hambrientos;
Vadillo los recoge y acomoda
E hizo proveer mantenimientos,
Mandando ir por dos ó tres soldados
Y negros que quedaban desmayados.

Despachóse la gente que sabia
Para los polvos ser y para lodos,
Mas esta diligencia fué baldía,
Pues indios los habian muerto todos:
Gente salteadora que venia
Acechando quebradas y recodos,
Fueron muertos por esta gente dura,
Y en sus vientres les dieron sepultura.

Sabido por Vadillo lo que digo,
Al buen Pablo Fernandez luego manda
Trabaje de buscar al enemigo
Que tenia costumbre tan nefanda;
Y en las ejecuciones del castigo
Ningun soldado muestre mano blanda,
Antes á fuego y sangre haga guerra
A nacion tan bestial, cruel y perra.

Partió Pablo Fernandez con soldados
Que van movidos de las mismas sañas;
Llegaron donde fueron salteados,
Y en rastrear se dieron tales mañas,
Que estando del asalto descendidos
Rodearon las sórdidas cabañas,
Y sin dalles lugar á mas contento,
Mataron veinte y cuatro sobre ciento.

Hallaron de vestidos los retazos
De los que fueron miserablemente
Repartidos en puestas y en pedazos
Para manjares desta dura gente:
Allí hallaron piés, manos y brazos
Que los cocia ya licor ardiente;
Tuvieron los caribes negra cena,
Y estotros de la ver inmensa pena.

Recogieron los hijos y mujeres,
El oro que hallaron y el hatillo,
Con todo lo demás de sus haberes,
Que debía de ser caudal sencillo;
Fueron encarecidos los placeres
Que del castigo recibió Vadillo,
Y á Noguero y á Caravajal manda
Vayan á descubrir por otra banda.

Cincuenta valerosos hombres fueron
Con estos sobredichos caporales,
Y un valle dicho Mauri descubrieron,
Habitado de muchos naturales;
En él un pueblo con obscuro dieron
Donde tomaron gentes y caudales,
Y antes que la demás fuese avisada
Se recogieron con la cabalgada.

Ya cualquier valle que se descubria
Tierra fué del Guaca tras de quien imos,
Toda la cual Utibará regia,
Aquel señor de quien mencion hicimos,
Adonde César y su compañía
Entraron por el orden que dijimos,
Mas no por do caminan de presente
Sino por otra parte diferente.

Pues agora cortaron por atajo
Que parecia ser camino presto,
Y salió tan ajeno de gasajo
Cuanto por mis escritos manifesto,
Y tan intolerable su trabajo
Que no pudo llegar á mas molesto:
Y aun César sacó algo de su hecho,
Pero Vadillo muy poco provecho.

Siendo pues veinte dias ya pasados
Que estaban en el Pito, valle llano,
Personas y caballos reformados,
A causa de tener copia de grano,
Vadillo se mudó con sus soldados
A Mauri por hallarse mas cercano
Al rio del Guaca, porque queria
Hacer de paz aquel por quien venia.

Y para que por bien ó mal viniese
A lo reconocer por el respeto,
De superioridad con interese,
Mandó que lo pusiesen en aprieto,
Y tan ardiente guerra se hiciese,
Que Utibará se diese por subyeto,
Para lo cual por una y otra banda
Dos capitanes sigan su demanda.

Salieron dos nombrados, con valientes
Soldados asüetos á la guerra,
Por partes y lugares diferentes
Para correr á Utibará la tierra,
El cual con grande número de gente
Tenia lo mas alto de una sierra:
Pablo Fernandez fué por un sendero,
Por otro Saavedra, tesorero.

Saavedra sesenta de pié lleva
Y otros diez de caballo bien armados;
El cual de ciertas guias tuvo nueva
De cantidad de pueblos retirados,
Y así determinó de hacer prueba
En aquellos que están fortificados,
Con los cuales intentos y desino
Prosiguen adelante su camino.

Mas antes de llegar adonde sienta
Estar con el señor fortalecidos,
En cierto reventon y en una puente
Tuvieron dos recuentos bien reñidos,
Y en el postrero tanta fué la gente,
Que se vieron los nuestros afligidos,
Y así tomaron por consejo sano
Volver con los caballos á lo llano.

Vista por Saavedra la potencia,
Envió por socorro prestamente,
Vadillo con la misma diligencia
A Francisco de César su teniente;
El cual, aunque no falto de dolencia,
En la venida no fué negligente
Con veinte y cinco de los mas insines,
Y cinco bien apuestos en rocines.

Después de los socorros ser venidos
A muy buena sazon y coyuntura,
Fueron para su hecho convenidos
Acometer con hora mas obscura,
Subiendo sin rumores ni ruidos
Hasta la cumbre de mayor altura,
Do Utibará tenia sus poderes,
Grandes riquezas, hijos y mujeres.

Mortal camino para piés humanos
Por ser tan larga y áspera subida,
Que tienen de hacer piés de las manos
Con manifesto riesgo de la vida;
Arriba se hacian ciertos llanos
Donde tienen ciudad fortalecida,
Frigidas aguas, cristalinas fuentes
Y los mantenimientos convenientes.

Es aspereza suma, monte grande,
Y del camino tal el angostura,
Que cualquier hombre que por ella ande
En gran riesgo se pone y aventura;
Pues con algun desdén que se desmante
Ira dos mil estados de hondura,
Y antes que hallen do parar los brazos,
Serán hechos millones de pedazos.

Cubiertos pues los montes con obscuro
Y manto negro de la noche fria,
Caminan todos al nativo muro
Que de peñascos altos se ceñia,
Do cualquiera pensara ser seguro
Segun la fortaleza que tenia:
Dejaron en lo bajo los caballos
Con gente de valor para guardallos.

Llegada ya la hora sosegada
Que los humanos cuerpos hace mudos,
Encaminó la gente bautizada
Sus piés á saltar bárbaros crudos;
En la boca la hoja atravesada,
A las espaldas puestos los escudos,
Con piés y manos sin hacer estruendo
La peligrosa roca van subiendo.

Esta manera con furor insano
Unos tras otros iban gateando,
Sin discrepar un punto pié ni mano
So pena de volverse despeñando;
Tomaron en efecto cierto llano
Do juntos estuvieron descansando,
Metidos en el monte y arboleda,
Por ser mas llano ya lo que les queda.

T. IV.

Cuando la dulce Venus descubria
La purísima lumbre de su esfera,
Manifestando que del santo dia
A los mortales era mensajera,
César apercebió la compañía,
El cual quiso llevar la delantera
Por una senda menos peligrosa
Y por entrambas partes montuosa.

No caminaban ya por alta cuesta,
Sino por llano, de que no les pesa,
Con esperanza de que con aquesta
Solicitud harian buena presa:
Salieron todos pues de la floresta
Y de repente dan en una mesa
De gentil vista, todas partes rasas,
Y en ella grande número de casas.

Y al tiempo ya que la febea lumbre
Doraba partes desta cordillera,
Dan ¡Santiago! como de costumbre
Tienen los españoles donde quiera;
Salió tan increíble muchedumbre
Contra la poca gente forastera,
Que como de caballos no hay ayuda,
El poder escapar ponen en duda.

Mas como tienen puestos estos hechos
En Dios y en el valor de sus espadas,
Derribanse pescuezos y abren pechos,
Cercénanse mejillas y quijadas,
Abren por los lugares mas estrechos
Lugar las presurosas cuchilladas;
Acuden bárbaros á la refriega,
Y el escuadron cristiano no sosiega.

Nunca mostraron tan veloce mano
Los violentos rayos fabricando
Aquellos oficiales de Vulcano
Golpes unos sobre otros reiterando,
Cuanto la fuerza del valor hispano
Por atemorizar contrario bando,
Cuya presencia tal se representa
Que de los muertos hacen poca cuenta.

No se vido de tordos ni estorninos
Volando por los aires tal nubada,
Ni de diversos pájaros marinos
En bajo de mar tan gran manada,
Cuanto la muchedumbre de vecinos
Salía de la gente mas granada,
Con tanta grita, voces y clamores,
Que hacen retumbar otros altos.

Los unos y los otros se desvelan
En alentar y mejorar su mano;
Piedras y flechas, palos, dardos vuelan
Sobre los del ejército cristiano,
Tantos, que todos ellos se recelan
De no poder salir con hueso sano;
Y así del furor bravo y estupendo
Se fueron poco á poco retrayendo.

De tal manera que ninguno para,
Pero con avisada compostura,
Al impetu feroz haciendo cara,
Hasta venir á dar al angostura
Del arboleda, porque vieron clara
Su gran temeridad y su locura;
Toman aquel lugar por ser de arte
Que no pueden entrar por otra parte.

El valeroso César al instante,
El puesto y el entrada defendiendo,
Mandó que todos fuesen adelante
Con la posible priesa descendiendo,
Porque el solo podría, Dios mediante,
Entretener aquel furor horrendo;
Cuatro quedaron en su compañía
Y los demás caminan á porfia.

Apriétanlos las gentes monstruosas
Con cargas porfiadas y terribles,
Y estas cinco personas valerosas
Resistian los impetus horribles;
Lo cual durante se hicieron cosas
Que son á los humanos imposibles,
Mas mi cjeta, fiel y recta pluma
Hace dellas agora breve suma.

26

Llegan hasta venir á los cabellos,
Viendo la poca gente detenida;
Y un gandul, con codicia de rompellos,
En la parte que tengo referida
Se arronjó y abrazó con uno dellos,
Mas no le costó menos que la vida;
Y á cuantos intentaron esto mismo
Presto los enviaron al abismo.

Teniendo pues por cierta la bajada
De los que en ella fueron preferidos,
El César con la gente rezagada
Caminaron á pasos estendidos;
Los indios recelando ser celada
Estuvieron un rato detenidos,
Por ser aquel camino ya cerrado
Y espeso monte de uno y otro lado.

Al fin entró la gente mas bien puesta
Mirando de la selva lo cercano,
Y como no ven cosa manifiesta
Levantaron el paso mas liviano;
Pero cuando llegaron á la cuesta
Estaban ya los nuestros en lo llano,
Dando gracias á Dios que fué servido
Librallos de furor tan encendido.

Estando todos ellos congregados
Por industria del capitán discreto,
Fueron á los caballos y soldados
Que allí dejaron para tal efecto;
Mil indios los tenían rodeados
Y puestos en angustia y en aprieto,
Pero viendo venir quien los delianda
Huyeron y dejaron la contienda.

Pero si mayor rato se tardaran
En espantar al bárbaro nocivo,
Bien se puede creer que no hallaran
Hombre viviente ni caballo vivo,
Sino que todos ellos acabaran
En trance de clemencia tan esquivo;
Que puestas y pedazos todos hechos
Habían de ser cebo de sus pechos.

Recogidos pues estos compañeros
Veláronse la noche, y otro día
Al Vadillo hicieron mensajeros
Para que viese lo que convenia,
Representándole los trances fieros
En que se vió la breve compañía,
Y Utibará tener en alta sierra
Hartos mas de diez mil hombres de guerra.

Pablo Fernandez era ya venido
Con algun oro y con alguna gente,
Y así por el Vadillo recibido
Mensaje del deseo diferente,
Fué por comun acuerdo proveido
Ir él y el carruaje juntamente;
Y así partieron con guerrera guarda
Adonde su teniente los aguarda.

Llegaron al Guacá, río potente,
Y aunque lo vadeaban con concierto
A Santa Cruz llevó la gran corriente,
Varon en las batallas bien esperto;
Mas su caballo trastornó la frente
Do nunca pareció vivo ni muerto;
Causó pena, dolor y descontento,
Mostrando todos tierno sentimiento.

Después de se pasar el agua brava,
Por mal de Santa Cruz, mas advertidos
Llegaron donde el César esperaba,
Y del alegremente recibidos,
A Vadillo contó lo que pasaba
Acerca de los lances sucedidos;
Ambos procuran dar alguna traza
Para poder tomar aquella plaza.

Es de saber cómo sin ver presencia
De cristiana nación en su cultura,
Tuatoque, señor de igual potencia,
Con el otro traía guerra dura;
Y agora quiso, vista su dolencia,
Aprovecharse desta coyuntura,
Acometiéndole por otra vía
Y otra mejor entrada qué sabia.

Apercibió su gente mas anciana,
Y sube con ejército formado;
En Utibará dió muy de mañana,
Estando del Tuatoque descuidado,
El cual aunque pensó que iba por lana
Volvió de la refriega trasquilado,
Porque Utibará no perdía punto,
A causa de tener cristianos junto.

Y así cuando rompieron á su puerta
E ya la claridad iba rompiendo,
Utibará vivía tan alerta
Que no le descompuso grande estruendo;
Dejó Tuatoque mucha gente muerta,
Y él con muy pocos escapó huyendo,
Quedando su contrario victorioso
Y él de muchos vasallos perdidoso.

Viendo que no bastó con su pujanza
Para hacer á sus contrarios llanos,
Determinóse por tomar venganza
De saliles de paz á los cristianos;
Y así debajo desta confianza
Trajo mil y quinientos castellanos,
En joyas que valieron la partida,
Y cien indios cargados de comida.

Muestra con ademanes el intento
Y voluntad de paz con que venia,
Haciendo luego reconocimiento
Al Vadillo del oro que traía;
La lengua le habló con tal acento
Que declaró muy bien lo que quería,
Y dijo qué y todo su linaje
Darían al Vadillo vasallaje.

Por no ser él según el que se encierra,
Huyendo de cristianas amistades,
Por los peñascos altos de la sierra
Y en asperisimas concavidades;
Y que si le quisiera hacer guerra
El supliría sus necesidades
Y acudiría con toda su potencia
Contra los que no dieran obediencia.

Vadillo recibió contentamiento
Con las joyas y con lo que decía
Cerca del general ofrecimiento
De le favorecer por cualquier vía,
Porque le pareció venir á cuento
En lo que de presente pretendía;
Y así le dió también algunas cosas
Que no serían ricas ni costosas.

Parecióle muy bien aquel presente;
Y porque su deseo se concluya,
Encargóle que fuese por su gente,
Pues él tenía ya presta la suya,
Para que sin quedar cosa viviente
Utibará cacique se destruya,
Do podrá vengar muy bien su pecho
Y ser de sus agravios satisfecho.

El indio se partió debajo desto
Prometiéndole venir á tercer día;
Mas aunque se pasaron quinto y sexto
Con otros siete mas, no parecia;
Siéndoles pues á todos manifiesto
Ser falso lo que el indio prometia,
Hizo junta de todos el regente
Para representalles lo siguiente:

«Necesidad urgente nos obliga
A hacer junta, donde se requiere
Que cada cual de nos en ella diga
Aquello que mejor le pareciere,
Para que de los votos se consiga
La determinación que mas cumpliere;
Y antes que procedamos en aumento
Quiero representar lo que yo siento.

«Amigos y soldados valerosos,
A cada cual es cosa conocida
Salir de nuestras casas y reposos
Para gozar de mas dichosa vida,
A la cual si no somos perezosos
El negocio presente nos convida;
Y sería de torpes y livianos
Soltrar las ocasiones de las manos.

» Porque, según la muestra que se vido
En aquella primera sepultura,
Y aquello que tenemos entendido
De lo que por las lenguas se procura,
Grandísimo tesoro recogido
Tienen los indios en aquel altura;
Y aqueste cumple mucho que ganemos
Para que todos nos aprovechemos.

» Allí tenéis caudales para rentas,
No falsa ni dudosa la ganancia;
Cursados sois en guerras mas sangrientas
Y antes de mas que menos importancia;
No se sufre que con vuestras afrentas
Muestran estos salvajes arrogancia,
Porque tan honoroso vencimiento
Sea para los otros escarmiento.

» Bien conozco ser áspera ladera
Y grande la defensa del tirano;
Mas á los españoles donde quiera
Lo mas difícil se les hace llano,
Y mucho mas en parte donde espera
Cualquiera dellos de henchar la mano,
Pues entonces las cosas imposibles
Fáciles se les hacen y apacibles.

» Así que, para ver desta pelea
Los fines concebidos en mi pecho,
Este es mi parecer, el cual se vea
Para que se confirme con el hecho;
Mas si tenéis razón que mejor sea
Y venga por camino mas derecho,
Esa se tomará y esa se siga,
Y quien supiere mas, luego la diga.

Dijo Juan de Vadillo lo que siente
Como poco cursado baquiano;
Y Francisco de César su teniente,
Usando siempre de varon urbano,
Como viesse callar toca la gente,
Para le responder tomó la mano;
Y hecho su debido cumplimiento,
Aquesto respondió que represento:

« De los que labran, tractan ó pelean,
Pocos hombres habria que perdiesen,
Si de la suerte que ellos las tantean
Las cosas intentadas sucediesen:
Todos en general su bien desean
Y que desgracias nunca les viniesen;
Mas acontecéles contrario desto
Si se ofrecen á riesgo manifiesto.

» Por esta causa suelen los prudentes
Examinar de lejos el suceso,
Fantaseando los inconvenientes
Que podrian venir en el progreso;
Y acerca desto muchos hay presentes
Que puedan ventilar largo proceso,
Como personas que del aspereza
El escapar tuvieron por riqueza.

» Y cada uno dellos bien alcanza,
Si tiene de razón viva centella,
Poderse vencer mal tanta pujanza
Con poca gente do rocin no huella,
Ni menea los lances de la lanza
El que con él revuelve y atropella;
Así que, como falten los caballos
Tengo por imposible subyectillos.

» Y es esta que tenemos retraída,
Segun por experiencia vimos antes,
Gente desesperada y atrevida,
Con miembros y estaturas de gigantes;
Tienen una feroz arremetida
Y en ella firmes, fuertes y constantes;
Son sobre doce mil, á lo que pienso,
Y el número de tiros es inmenso.

» Las fuerzas de sus brazos son terribles,
Que traspasan sus tiros el acero;
Los golpes de mi escudo son visibles,
Que dellos escapó hecho barnero;
Las entradas también inaccesibles,
Pues hemos de subir por contadero,
Y barrerán las galgas al instante
Cuanto se les pusiere por delante.

» Y como de los lances atrasados
Agora se recatan y recelan,
Es de creer que por entrambos lados
No faltan escuadrones que los velan,
Segun suelen hacer escarmentados
Que todo lo consultan y nivelan;
E ya no creerán que con obscuro
Ha de faltar quien suba por el muro.

» Aquí tenemos guía que publica
Haber otros riquísimos terrenos,
La provincia de Nori ser muy rica,
La de Buritica ni mas ni menos;
Vamos do la ventura nos aplica;
Corramos otros valles y otros senos;
Podria ser en tan larga distancia
Hallar con menos riesgo mas ganancia.

» Así que, pues agora no se puede
Deste fuerte sacar valor alguno,
Por haber tanta gente que lo vede,
Y tanto riesgo que mayor ninguno,
Mi parecer, señor, es que se quede
Para tiempo mas apto y oportuno,
Y el mismo tiempo que las cosas cura
Ofrecerá sazón y coyuntura.

Dijo César las cosas que sabia
Ser á seguridad mas convenientes,
Y en general por todos se decía
Que sus razones eran concluyentes;
Vadillo, que las mismas conocia,
Midió su voluntad con las presentes,
Y así mandó que cuando la luz viesen
En demanda de Nori se partiesen.

Al tiempo que los prados con corona
De flores se venían alegrando,
Y el radiante hijo de Latona,
Por términos usados caminando,
Dejaba primer signo de la zona,
Cuernos del blanco toro visitando,
Vadillo con el campo peregrino
Para Nori dirige su camino.

Caminan con las mismas pesadumbres
En aquesta jornada sucedidas,
Por descubrirse mas soberbias cumbres,
Mas altas y mas ásperas subidas;
Y aunque daban las guías certidumbres,
Erradísimas van y divertidas
Por grandes despoblados y por yermos,
Y los mas españoles muy enfermos.

Amenazó Vadillo mal las guías
Si no lo sacan presto desta sierra;
Dicen que no se tractan estas vías
Por haber entre indios cruda guerra,
Mas que prometen antes de tres días
De los poner en abundante tierra,
Pues aunque se perdieron los caminos,
No por eso llevaban malos tinos.

Y como Pablo vió miseria tanta,
Y el campo por mil vías afligido,
Con cincuenta soldados se adelanta
Rompiendo por el monte mas tejido,
Y en breves horas con ayuda santa
Dieron en un camino mal seguido,
Por el cual fueron hasta ver acaso
Lumbre que denotaba campo raso.

Cobraron todos ellos nuevo brio
Que les ponía ciertas esperanzas,
Y dos cuartos de legua de desvío,
Llevando recatadas ordenanzas,
Desde un árbol divisan cierto río,
Ambas orillas llenas de labranzas
Y grande población continuada
Por una y otra parte derramada.

Luego se hizo mensajero listo,
Y á Vadillo llegó con el mensaje,
Dando razón entera de lo visto,
Y haber sido de fructo su viaje;
El cual, después de dar gracias á Cristo,
Apríase camino con el bagaje,
Por tenellos la hambre de tal suerte
Que estaban á las puertas de la muerte.

Mas el Pablo Fernandez entre tanto
Con los demás soldados abscondidos,
Después que ya la noche con su manto
Huyó, rayos de Febo ya venidos,
Salieron de la selva por un canto,
Pensando por allí no ser sentidos;
Mas hallóse confuso y arrepiso
Por ver estar los indios con aviso.

Debían de tener algún barrunto,
Segun que pareció la noche antes,
O dellos que durmieron allí junto,
O de contrarios otros circunstantes;
En efecto, hallaron muy a punto
Un escuadrón formado de gigantes,
Con tales armas y de tal manera,
Que cierto les pesó por salir fuera.

Mas como ya no puedan hacer menos,
Por ser suceso de manos a boca,
Asen las armas, y los puños llenos,
Contra los muchos fué la gente poca,
Acometiendo todos como buenos,
Y cada uno por lo que le toca;
Puestos al punto del rigor amargo,
Dansen tantas en ancho como en largo.

Porque los indios con gentil denuedo,
Con ser primera vez que ven cristianos,
Con lanzas y macanas, á pié quedo,
Sabían menear muy bien las manos:
Hierva la furia y el furor acedo,
Los golpes que se dan no son livianos,
Cuela por las costillas férrea punta
Y el tajo y el revés que descoyunta.

Crecen sanguinolentas tempestades
De los que van diciendo; Santiago!
Juan Ruiz de Molina y Juan de Frades
En bárbaros hacían grande estrago;
Pablo socorre las necesidades
Con filos que no saben dar en vago;
Y todos los restantes compañeros
No muestran menos vivos los aceros.

Veréis el golpear á todo brazo,
Casca rodela y hender escudos;
Desciende la macana que destroza
Por todas partes materiales nudos;
Y al capitán Alvaro de Mendoza
Por su rodela llegan tan agudos,
Que al tiempo que con ella se cobija
Le quedó della sola la manija.

El brazo quedó mal atormentado;
Mas con el otro tuvo tales mañas,
Que la hoja pasó por el costado,
Rompiendo del contrario las entrañas;
Fué luego socorrido y ayudado
Del antiguo valor de las Españas,
Pues muchos ocurrieron al instante,
Poniendo sus rodela por delante.

Ambas partes están encarnizadas;
Innumerable sangre va vertida;
Admirase de ver las cuchilladas
Quien no las vido tales en su vida;
Al fin prevalecieron las espadas,
Poniéndose los indios en huida,
Tomando todavía de los vivos
Aquellos que pudieron ser captivos.

Concluida la batalla con ventura,
La sentencia de todos fué resuelta,
En determinación de gran cordura,
Sin querer esperar á la revuelta;
Antes por la montaña y espesura
En busca de Vadillo dan la vuelta:
Caminaron la noche, y otro día
Encontraron el campo que venía.

Diéronle cuenta de lo descubierto
Y de aquella guazávora terrible,
Do gran número de indios quedó muerto,
Y ser á su seguro conveniente
Llevar militar orden y concierto;
Y así pusieron el que fué posible,
Con las preparaciones vigilantes
Que llevan los guerreros caminantes.

Llegados á lo raso los peones
Del avanguardia, con sus armas prestos,
Vieron en unos altos reventones,
Por do tienen de ir, indios opuestos,
Llenos de sus guerreras municiones,
Para los contrastar en los recuestos;
Mas, aunque conocieron el destino,
Los nuestros no dejaron su camino.

El avanguardia sube todavía
Do bélico furor se multiplica,
Y entonces por Vadillo bien se via
Con cuánta fuerza cada parte pica;
Y así con cierta gente les envía
Al escuadrón Francisco de Mojica,
Pero cuando llegó, de huelgo falto,
Ya los otros estaban en lo alto.

Reconocieron ser bien defendidos
Los pasos á la gente forastera,
Por ver inmensos dardos esparcidos
Y lanzas de durísima madera;
Muchos gandules muertos y heridos,
Y bien ensangrentada la ladera,
Donde los areabuces y ballestas
Dieron libres pasajes en las cuevas.

Subieron los demás sin sobresaltos,
Por no hallar azar que los impida,
Y á causa de que estaban della faltos
Recogieron gran golpe de comida:
Durmieron todos en aquellos altos
Porque nocturna sombra los convidó,
Puestas por pasos desta dicha cumbre
Las velas que tenían de costumbre.

Cuando mostraba ya la rociada
Aurora sus colores por oriente,
Toda la gente sana bien armada,
Y con bastante guarda la doliente,
Prosiguen adelante la jornada
En busca de estalaje competente,
Adonde el español menesteroso
Algunos días goce de reposo.

Yendo con la posible vigilancia
Por dos partes caballos y peones,
Descubren valles de mayor distancia,
Y en ellos muy espesas poblaciones
Que de comida tienen abundancia,
Sin defensa de duros escuadrones,
Por ser de miedo ya todos huidos
Y á partes de mas fuerza retraídos.

Aquestas eran ya las serranías
De Nori, do llevaban el intento;
Y así, llegadas nuestras compañías
A pueblo que tenía buen asiento,
Hicieron pausa por algunos días,
Los cuales se pasaban á contento,
Y por diversas partes los caudillos
Buscaban los metales amarillos.

Daban noticias indios que tomaban
Tener el valle número crecido
De oro, pero todos afirmaban
Un gran señor tenello recogido;
Y así de sepulturas que cavaban
Ninguna les mostró próspero nido;
Alguno se cogía de rancheos,
No tanto que hinchese sus deseos.

Perseverantes pues en su porfía
Hambrienta que tenían de oro fino,
Uno de la captiva compañía,
Desta provincia natural vecino,
Dijo de cierto pueblo que sabia,
Poco mas de tres días de camino,
Y que, segun por ellos se publica,
Sobraban minas y era gente rica.

La codiciosa nueva percebida,
Cincuenta luego con el Pablo fueron
Por sierra de muy áspera subida
Y por tan malos pasos, que se vieron
En harto detrimento de la vida;
Y al cabo de tres días descubrieron
Aquel pueblo que el indio les decía,
Cuya vista desgusto les ponía.

Porque tenían casas fabricadas,
Altas del suelo hasta seis estados,
Encima de los árboles fundadas,
Sobre fortalecidos soberados,
Con vigas bien compuestas y trabadas,
Por barrios unos de otros separados,
Segun hallaban estos moradores
Los árboles mas gruesos y mejores.

No selva que podamos decir densa,
Antes el suelo limpio y escombrado,
Donde su morador rústico piensa
Valerse por estar encaramado;
Tienen pertrechos para su defensa,
Y el alto por lugares horadado,
Para que por allí contrarios miren
Y con las armas ofensivas tiren.

Dicen tener aquestas poblaciones
Para se defender de las extrañas
Gentes, y tigres, osos y leones,
Que crían estas ásperas montañas,
Y por otras algunas ocasiones
No fundan en el suelo sus cabañas;
Es gente de gentiles proporciones
Y algunos tienen telas de algodones.

Y aunque brazos y piernas descubiertas,
A vergonzosas partes dan reguardo;
En uso de sus armas son espertos,
Y para las tomar ninguno tardo;
En los tiros que hacen son muy ciertos;
Usan macana, honda, lanza, dardo;
Quisieran luego nuestros castellanos
Que bajaran á dar amigas manos.

Mas no consenten que de paz se trate;
Y así para bajallos de las casas,
Entran debajo para su combate,
Procurando cortar nativas basas;
Y como nadie dellos se recate,
Encima llueven encendidas brasas,
Rescoldo vivo y agua tan hirviendo,
Que del lugar se vuelven retrayendo.

También caían tan pesados cantos
Por una y otra y otra saetera,
Que no dejaban de poner espantos
A los que los miraban mas afuera;
De dardos ansimismo vuelan tantos
Que temía la gente forastera;
Fué desde la mañana la porfía
Hasta que el sol pasó de medio día.

Visto que diligencia no les presta
Ni por vias de paces ni por fieros,
La bala de arcabuz y la ballesta
Apuntan por algunos agujeros;
Y acaso sin saber á quien asesta
Mataron dos ó tres indios guerreros,
Y otros algunos hubo mal heridos,
Que se supo después de ser rendidos.

Porque el cruel efecto de la bala
Al indio principal escandaliza,
Como le vió hacer obra tan mala,
Y á todos los demás atemoriza;
Y así mandó que larguen una escala
A manera de puente levadiza,
Por do bajaron él y otros cincuenta,
Y mujeres y niños en mas cuenta.

Mas antes que bajasen al entrego
De los que estaban del desconfiados,
A sus ropas y joyas ponen fuego
Encima de los altos soberados;
El cacique llegado dijo luego:
«Decid á qué venís encaminados,
Qué bienes pretendéis ó qué provecho
De quien nunca jamás mal os ha hecho.»

La lengua declaraba las razones;
Pero para volvelle las respuestas,
Sus voluntades y sus intenciones
Hizo Pablo Fernandez manifiestas,
Pues luego les mandó poner prisiones
Que para tal efecto tienen prestas,
Sin dejar pieza de las que salieron,
Escepto dos ó tres que se huyeron.

Los cuales, aunque buenos corredores,
No sin ijadear y sin acceso,
Dan nuevas á los otros moradores
De cómo su señor quedaba preso,
Con ocho capitanes y señores,
Entrellos personajes de gran peso,
Por aquellos barbudos caminantes
De quien tuvieron nuevas poco antes.

Los de los mas cercanos aposentos,
Oidas las pesadas relaciones,
Recogen belicosos instrumentos
Y ordenan guerreros escuadrones;
Serian en el número quinientos
Gandules, mas feroces que leones,
Para probarse con la gente nueva
Y quitalles la presa que les lleva.

Pero los españoles que esto sienten,
Por no caer en términos de locos,
Para que con temor se desatienen,
Con tiros de arcabuz les hacen cocos,
A fin de que no lleguen y los cuenten
Y vean claramente que son pocos,
Pues estaban dudosos y perplejos
A causa de tener el campo lejos.

La bárbara canalla se repara,
No sin frio temblor y gran espanto;
Oyendo truenos y estampida rara
A ellos que no vieron otro tanto;
Traspasa pechos la veloce jara,
El salitroso humo causa llanto
En aquellos que del eran heridos
Y á miserable fin fueron rendidos.

En esto la nocturna pesadumbre,
Por apartarse ya rayos febales,
Cubrió los hondos valles y la cumbre,
Dando paz á los otros animales;
Mas antes que viniese nueva lumbre
Y se juntasen estos naturales,
Los nuestros á gran prisa se volvieron
Por el mismo camino que vinieron.

Como fuesen por camino sabido,
De menos duración fué la distancia;
Vadillo se holgó cuando los vido
Con los captivos, aunque sin ganancia;
Diéronle cuenta de lo sucedido
Y no cumplir allí hacer instancia,
Por ser las barbacoas gente diestra
Y no hallar de oro buena muestra.

En este tiempo, como mas vecino
Del pueblo que ocupaba nuestra gente,
El cacique de Nori de paz vino
Que llamaban Nabuco comunmente,
Y trajo dos mil pesos de oro fino
Con otras muchas cosas en presente:
Sagaz y en el aspecto venerable
Y para bárbaro varon afable.

Fué del gobernador acariciado,
Y porque de su pecho no presume
Vivir de recompensa descuidado,
Mandó dar una galana pluma
En un bonete nuevo colorado
Con otros dones de pequeña suma;
Y aunque no fueron cosas de momento
El bárbaro mostró quedar contento.

Fué luego separado de la junta,
Y para percibir lo que replica
Vadillo con la lengua le pregunta
Por dónde podrá ir á tierra rica;
Que diga con verdad lo que barrunta
Ó la fama comun le certifica,
O si tiene contrarios en su tierra
Porque ellos vayan á hacelles guerra.

Nabuco dijo, que de las vecinas
Tierras donde poseen minerales,
Sabia por personas fidedinas
Los de Buriticá ser principales;
Y que por ser tan prósperas sus minas
Eran ricos aquellos naturales,
Y que para llegar donde decía
El quería servir de buena guía.

Tal secreto Nabuco desencierra,
Segun quieren decir vivos testigos,
A fin de que saliesen de su tierra
Y no hagan allí largos abrigos;
O como siempre tienen dura guerra,
Por ser unos de otros enemigos,
Pues hasta hoy, do quiera que se tomen,
Es muy averiguado que se comen.

Pero Vadillo con la buena nueva,
Que fué para su hambre conviniente,
Y por certificarse con la prueba,
Determinó partir día siguiente
Por el camino que Nabuco lleva,
Que por dos ó tres días fué patente;
Mas este se perdió con espesuras
Y en bosques y montañas muy obscuras.

Donde hallaron grandes cenagales
Cuyos discursos eran intractables,
Tierra que tiembla, sucios tremedales,
Do se gastaban horas miserables,
Tanto que fueron los pasados males
En su comparacion mas tolerables;
Iban todos al fin de tal manera
Que cada cual de vida desespera.

Y muchas noches, aunque habia rama
Donde poner los cuerpos fatigados,
No siempre se podia hacer cama,
Y estaban á las plantas arrimados,
Los piés metidos en aquella lama
Y de cien mil misterios rodeados:
Tal es la condicion del cudioioso
Que no halla camino trabajoso.

Pero viendo su gente de mal arte
El cauto y animoso licenciado,
Al Nabuco mandó llamar aparte,
Diciéndole: «Tú, perro, me has burlado.»
El dijo: «Nunca yo quise burlarte,
Ni tuve contra tí pecho dañado;
Mas por guerra que tienen los vecinos
No se frecuentan sendas ni caminos.»

Al mal que padeceis yo voy subyeto,
Sin ser de mas quietud las horas mías;
Pero presto veremos el efecto,
Y estas pisadas no serán baldías
Pues en Buriticá, donde prometo,
Podemos entrar antes de dos días;
E yo no prometí ni es en mi mano
Daros la tierra con camino llano.»

Con esto perdió saña que tenia
El Vadillo, quedando convencido,
Y el indio cumplió bien lo que decia
Sin alargar el plazo prometido;
Pues antes de cumplir tercero día
En la provincia dicha fué metido
Y en tierra rasa, clara y escombrada,
Pero tal que ninguna tan doblada.

Pues al septentrion y al mediodía,
Y al orto y al ocaso, van subidos
Cerros, la cumbre dellos algo fría;
Y así los indios andan bien vestidos,
Dispuestos y de mucha gallardía,
Valientes, sueltos, bravos y atrevidos
Y ricos, pero poco labradores,
Por ser de oro todas sus labores.

A las cuales inclinan bien el cuello
Al tiempo que doradas venas hieren;
El oro es el que les da resuello,
Por ello viven y por ello mueren;
Por ello tienen bienes, y por ello
A sus casas les traen cuanto quieren;
Y en la tierra domina tal estrella
Que es una pasta de oro toda ella.

Entrados pues en tierra sin montaña
Y de las condiciones que ya digo,
Nabuco se volvió con su compañía
A do tenia natural abrigo,
En gracia y en amor de los de España,
Y para nunca selles enemigo;
Y sigue su viaje nuestro bando
Algunas poblaciones indagando.

Un camino hallaron espacioso,
Del cual diré después en mi tractado,
Porque de tanto trance riguroso
Agora yo me hallo fatigado,
Y quiero dar los brazos al reposo
Y á los ojos el sueño deseado;
Pues á causa de ser la vida breve
A ratos quito lo que se les debe.

CANTO SEPTIMO.

Donde se cuenta lo sucedido en la provincia de Buriticá, y en las demás provincias por donde pasó el licenciado Juan de Vadillo, hasta que su gente lo dejó, y no quiso seguillo.

Aunque para salir con sus intentos
Tengan hombres avisos necesarios,
No siempre pueden los entendimientos
Evitar casos que les son contrarios;
Y así los regulados pensamientos
Acontece tener sucesos varios,
Y el que da mejor orden á su vida
Después halla diversa la salida.

Destá manera pues en el progreso
Del licenciado, que salió pujante,
El intento no tuvo tal suceso
Que no fuese del suyo discrepante,
Y su diseño tuvo fin avisoso,
Como declararemos adelante,
No porque le faltase gran prudencia,
Solicitud y viva diligencia.

Y en los trabajos de cualquier estrecho
Y del riesgo mayor y mas pesado,
Nunca dejaba de poner el pecho
Tan bien como cualquiera buen soldado,
Mostrando siempre ser hombre de hecho
Y en acontecimientos denodado;
A tiempos tuvo condicion terrible,
Y á tiempos muy afable y apacible.

Hallado pues aquel primer sendero,
Con deseo de ver tierra poblada,
Determinó de ser el delantero
Por animar la gente fatigada:
Vieron luego su fin y paradero,
Mas no para hacer allí parada,
Pues se continuó por una cuesta
Angosta, prolijísima y enhiesta.

Peñol inaccesible que tenia
Altísimos los lados y la frente,
Al cual por dos entradas se subia,
La una de la otra diferente,
De tan grande angostura, que podia
Una persona ir tan solamente;
Y en lo alto después de la subida
Habia mucha gente recogida.

Porque tenían principal asiento
Y en lo mas llano del pueblo fundado,
Y para mayor fortalecimiento
Estaba de palenque rodeado;
Dentro crecida copia de alimento,
Y de diversas armas pertrechado,
En tal manera que según la muestra
Debían esperar la gente nuestra.

La principal subida que se vía
Estaba tan profunda por los lados,
Que si de lo hollado desmentía
Quien llevase los piés mal asentados,
Como bala que polvorin envía
Habia de rodar dos mil estados,
Donde con muerte de cruel tormento
Pagase su furor y atrevimiento.

Estando pues en tierra sin montaña
Mirando los peñoles y aspereza,
Juan de Vadillo dijo: «No se escusa
Tomar esta nativa fortaleza,
Donde podeis creer estar reclusa
Alguna grande copia de riqueza,
Pues no de balde su morador piensa
Tener aquí segura la defensa.»

»Ea pues, gente clara castellana,
Que bien conozco vuestra fortaleza
En los negocios que tomáis de gana;
Pues la mayor altura y aspereza
Soleis supeditar y hacer llana,
Sin mostrar cobardía ni flaqueza;
Y así lo que tenemos de presente
De vuestra voluntad está pendiente.

»Subamos por la vía manifiesta,
Yendo detras de cada rodadero
Ofensa de arcabuz y de ballesta
Que pueda contrastar al indio fiero;
Porque cuanto la loma mas enhiesta
El contrario será menos certero,
E yendo por el medio de la senda
Los caballos podrán subir de rienda.»

Con tales alabanzas los sublima,
Y allí los esforzó de tal manera,
Quel de mayor y de menor estima
Y el que mas recelaba la carrera,
Con fuerte brio los demás anima
Y muere por llevar la delantera;
Y según lo dispuso la cabeza
Cada cual se dispone y adereza.

Guarnécense de pectos de algodones,
Espadas y rodela embrazadas,
En las cabezas fuertes morriones,
Los cascos aforrados y celadas,
Proveidos de plomos los cañones,
Ballestas con harpones encajadas:
Destá manera suben las cuadrillas
Y á veces hacen piés de las rodillas.

El avanguardia Nogueroel lo toma,
Mancebo valeroso y esforzado;
A sus espaldas iba por la loma
Joan de Orozco, práctico soldado;
En seguimiento del atrás asoma
Un hermano de Rojas, señalado:
Vecinos estos dos en Tunja fueron
Y á menos de seis años que murieron.

Así los demás iban enbilados,
Que no pueden subir de otra manera;
Los caballos quedaban rezagados
Con sillan solas, faldas y testera,
Los cuales como bien amaestrados
Con gran tiento subian la ladera;
Y aunque se daba grito de lo alto
No por eso tomaban sobresalto.

Que luego se mostraron los morenos
Con la grita que tienen de costumbre,
Saliendo de los concavos y senos
Nubadas de crecida muchedumbre;
Los riscos y peñascos están llenos
Cuantos habia por aquella cumbre,
Sin dejar en aquel frontero lado
Lugar que no tuviesen ocupado.

Segun de torres altas las almenas,
Cuando vienen de tordos mil manadas,
Que todas negreguean y están llenas
De chirliadoras aves ocupadas,
Y abiertas y patentes socarrenas
Son de unas y de otras visitadas,
Andando con bullicio presuroso
Sin punto de sosiego ni reposo:

Ni mas ni menos andan inquietos
En partes cómodas encaramados,
Dispuestos á los bélicos efectos,
Los unos y los otros embijados
Con un cierto betámen, unos prietos
Y otros por consiguiente colorados,
Y cada cual de los de á la redonda
Con dardo, con macana, lanza, honda.

Los cuales como vieron que se llega
El escuadron sencillo de cristianos,
Comienza la durísima refriega
Saliendo tiros de robustas manos,
Guiados del ardor y furia ciega
Que enciende y alborota los humanos;
Suenan los golpes dados en testudos
De cascos, de celadas y de escudos.

Llueve por todas partes piedra gruesa,
De dardos una y otra rociada;
Viene volando no con menos priesa
Lanza de palma dura bien tostada;
De cada cosa nube tan espesa
Como la que de rayo fué rasgada,
Tanto que Nogueroel ya no prosigue
Y espera que la furia se mitigue.

Y el misero parece que sospecha
Aquel día fatal que nos espanta,
Pues no sé de qué mano fué derecha
Funesta punta de tostada planta,
Cuyo furor escudo no desecha
Hasta que se metió por la garganta:
Rompe las venas, sangre va vertida,
Y tras ella buyó la cara vida.

Detiénelo Orozco que no caya
En la profundidad, aunque él recela
Otro tan duro golpe de azagaya;
Pero cubrióse bien con la rodela,
Y todos los demás están á raya,
Como no sube la primer tutela;
De mano en mano va por los oídos
Nogueroel muerto y otros diez heridos.

Sabido por Vadillo, les decia:
«Adelante, valientes españoles,
Que si Nogueroel vió su postrer día,
Por eso quedan muchos Nogueroles,
E ya la cuesta poco se desvia,
Para poder ganar estos peñoles;
Y cuanto mas allá vamos llegando
El camino se va mas ensanchando.»

Caminan pues como mejor podian
Saltando siempre balas y harpones,
Y de los fuertes altos no venian
Tantos ni tan espesos los turbiones,
Por cuya causa todos presumian
Acabárseles ya las municiones;
Y así cristiano marte se apresura
Hasta llegar á parte mas segura.

Pues el Joan de Orozco como via
El terrible furor algo mas manso,
Ganó cierto mogote que hacia
Una cierta manera de descanso,
No llano, que planicie no tenia,
Pero su compás era mas espanso:
Y en lo restante de los reventones
Podian ir ya juntos tres peones.

Con mas velocidad continuaron
Como los piés podian hacer presa,
Y tal maña se dieron que ganaron
Otro compás de mas cómoda mesa,
Adonde se pararon y afirmaron
Porque la gente fuese menos lesa;
Y allí mas á placer se defendieron
Hasta que los caballos ya subieron.

Como fuese mas llano lo restante,
Tal que podian ir á media rienda,
Saltan en los caballos al instante
Y aprietan las espuelas por la senda:
Los indios que caballos ven delante
Parecían ser vision horrenda,
Y así con rostro triste y amarillo
Van á poner en cobro su batillo.

El tumulto fué luego dividido,
Saliendo del peñol por otro lado,
Y el cacique por ser mas atrevido
Quiso defender en el cercado,
El cual ligeramente fué rompido
Por ser de pocos indios ayudado;
Admiranse de ver equinos cuellos,
Y así buyeron y el señor con ellos.

Entraron pues ajenos pareceres
Desenvolviendo fardos y balijas;
Hallaron muchos niños y mujeres
Y ropa de sus mantas ó cobijas;
No hallaron del cacique sus haberes,
Mas su mujer prendieron con dos hijas:
Era moza de cuerpo bien dispuesto
Y de hermoso y agraciado gesto.